

La historia recurrente y los nuevos cronistas de Indias.* (Sobre una modalidad de la novela hispanoamericana actual)

Fernando Moreno

La publicación de **Yo el Supremo** (1974) del paraguayo Augusto Roa parece haber marcado un hito en el desarrollo de la novelística hispanoamericana contemporánea, no sólo porque esta obra surge como un paradigma de una literatura que cuestiona y se autocuestiona a través de una estructura que trasciende e ilumina un determinado referente histórico, sino también por la actitud decidida con la que allí se asume la relación subversiva del discurso textual frente al discurso de la Historia. Esta novela, que historiza el mito, que desmitifica la escritura, es también un texto que desescribe y reescribe la Historia, reprobándola y poniéndola a prueba de la pluralidad imaginativa, del diálogo de texts y voces, para poner al descubierto los enmascaramientos de las verdades oficiales, para, finalmente, mostrar otros ángulos e incidencias, novelando aquello que ahora podrá convertirse en lo no-velado ⁽¹⁾.

Tal operación (des)constructiva resulta tanto más significativa cuanto que constituye el punto de llegada y de reactivación de un gradual y difícil proceso de análisis crítico de un estado de carencia que se intenta paliar a través de la asunción de una palabra descolonizada y descolonizadora. Sumiéndose en dicho proyecto gestado por la esperanza de autodeterminación y contrarrestado por el proyecto neoliberal y sus diversas concreciones en los países del continente, los novelistas entablan un diálogo irreverente con la Historia, buscando en el pasado revisitado los cimientos de un presente y de un futuro liberados de las distorsiones de la historia impuesta, hurgando en una memoria hecha vida, otorgándole otros sentidos, concediéndole una voz a los silencios de la historia, según la expresión de Carlos Fuentes, otro de los escritores que, como Roa Bastos, han insistido en la necesaria incursión recuperadora del pasado (en **Terra Nostra**, 1975, por ejemplo) para intentar, por medio de la palabra poética, rehacer y reformular rasgos definitorios -nunca definitivos- del mundo hispanoamericano ⁽²⁾.

El hecho de haber comenzado estas notas aludiendo a la publicación de **Yo el Supremo** no quiere decir, evidentemente, que antes de la década de los setenta la narrativa hispanoamericana no haya producido manifestaciones de novelas llamadas "históricas" de nuevo cuño. Muy por el contrario, puesto que el interés por los acontecimientos de la historia continental aparece como uno de sus rasgos característicos. Lo que sí cabe observar es que a partir de esas fechas se constata una suerte de revitalización de esta línea temática, en la cual se inscriben textos que no tratan tan sólo de realizar la recreación de una determinada atmósfera gracias a la arqueología del cronotopo, sino de aprovechar la historia para inscribir en ella los signos constitutivos de nuevos abordajes especulares. Y, en este contexto, la obra de Roa Bastos surge como referencia obligada. Además, la "nueva novela histórica" ha experimentado un desarrollo tal, que hasta podría hablarse de la constitución de un corpus integrado por las obras tanto de los autores ya conocidos y a veces consagrados, como por las producciones de algunos representantes de las nuevas promociones literarias ⁽³⁾.

La recuperación de la historia

Algunos estudiosos insisten en destacar el carácter predominantemente ancilar de nuestra literatura, volcada, la mayor parte de las veces, hacia la presentación de determinados aspectos de la realidad social ⁽⁴⁾. Dicha orientación no implica, sin embargo, una preocupación exclusiva por los problemas planteados por acontecimientos históricos inmediatos o más o menos recientes. La presencia de la historia, que como ya se ha adelantado más arriba es una constante en la configuración de esta novelística, se manifiesta también por un desplazamiento hacia aquellas épocas y sucesos que adquieren un carácter fundacional, determinante para la constitución de la imagen latinoamericana, para el moldeamiento de su conciencia y de su devenir.

De ahí que dicho movimiento de recuperación de la Historia se interese particularmente por los periodos llamados del "descubrimiento", de la "conquista", de la "colonia" e "independencia". No es de extrañar, entonces, que Arturo Usler Pietri, considerado como el fundador de la novela histórica moderna, aunque el venezolano haya recusado la existencia del "género" ⁽⁵⁾, sitúe en aquellos momentos la intriga de sus dos primeros textos novelísticos, **Las lanzas coloradas** (de 1937, sobre los avatares de la guerra de independencia) y **El camino de El Dorado** (de 1948, orientado hacia la presentación de la carismática figura de Lope de Aguirre). En esta misma orientación pueden citarse los "Episodios americanos" del ecuatoriano Demetrio Aguilera Malta, un proyecto galdosiano incompleto, y cuyos títulos publicados fueron **La caballería del Sol**, **El Quijote de El Dorado** (editados en 1964), **Un nuevo mar para el rey** (1965), en los cuales se abordan, respectivamente, aspectos de la existencia de Manuela Sáenz, la compañera de Bolívar, la expedición en la que participó Francisco de Orellana, el viaje de Vasco Núñez de Balboa y el descubrimiento del océano Pacífico. También puede ser incorporada en este apartado la trilogía del chileno Carlos Droguett (**100 gotas de sangre**, **200 de sudor**, **Supay el cristiano** y **El hombre que trasladaba las ciudades**), en la que, poniendo el énfasis en una visión del sufrimiento y la angustia, se exponen los enfrentamientos que terminan por igualar a

vencedores y vencidos en aquellos lejanos parajes a comienzos de la segunda mitad del siglo XVI.

También los sucesos concernientes a esas épocas pueden emerger como pretexto y contexto funcionales para toda una serie de disquisiciones narrativas vinculadas esencialmente con la experiencia de la temporalidad, de la imbricación de distintos órdenes de realidad, de la interrelación de los fenómenos histórico-culturales entre el nuevo y el viejo mundo, de los factores que confieren una determinada especificidad al universo latinoamericano, de la visión y conciencia de la población autóctona, de sus mitos y creencias. Aparte las ya conocidas obras del cubano Alejo Carpentier (**El reino de este mundo** y **El siglo de las luces** publicadas en 1949 y en 1962, respectivamente), pueden mencionarse aquí, por ejemplo, las novelas **Zama**, del argentino Antonio di Benedetto (1956, ambientada en el Paraguay hacia fines del siglo XVII), **De milagros y melancolías** del también argentino Manuel Mujica Lainez (1967, un irónico recorrido por lo que pudo ser la historia latinoamericana), **Llegaron del mar**, del guatemalteco Mario Monteforte Toledo (1966, sobre el choque cultural inicial), **Maladrón. La epopeya de los Andes verdes**, de su compatriota Miguel Angel Asturias (1969, a propósito de la confrontación con el espacio americano de aquellos conquistadores que buscaban el paso natural del Atlántico al Pacífico). Y para terminar esta primera serie conviene mencionar el texto del cubano Reinaldo Arenas, **El mundo alucinante** (1969), en el que rememora introspectivamente la vida de fray Servando Teresa de Mier y la novela del colombiano Germán Rojas, **Los cortejos del diablo** (1970), en la que se evocan los problemas para y por la Inquisición en tierras americanas.

Tal como se señalara anteriormente, la década de los setenta significa un nuevo impulso para este tipo de novela. Aparte los verdaderos monumentos narrativos que son **Yo el Supremo** y **Terra Nostra**, surgen muchos otros textos que revisan y relativizan las verdades y consideraciones historiográficas de los discursos oficiales. Se trata, está claro, de un conjunto relativamente heterogéneo. Es una literatura que presenta diversas modalidades, que recrea el pasado apoyándose en documentos existentes, que cubre (y descubre) mediante la ficción los hechos históricos documentados o bien que, lisa y llanamente, inventa, crea un pasado a partir de un legado cultural. Forjando una ilusión de objetividad, de veracidad, con un discurso serio y minucioso, o bien forzando la sátira, hiperbolizando los sucesos narrados, recurriendo a los anacronismos, estas novelas proponen un nuevo diálogo con la historia, con las historias de la Historia.

Los acontecimientos referidos se sitúan preferentemente en los periodos ya aludidos, y aunque puede observarse un número significativo de textos que leen y reescriben a personajes, gestas y gestos del descubrimiento y la conquista, tampoco faltan aquellos que se sitúan en otros momentos temporales. Así, por ejemplo, podrían citarse, **La renuncia del héroe Baltasar** (1976) y **La oscura noche del niño Aviles** (1984), del portorriqueño Edgardo Rodríguez Juliá (en el siglo XVIII, época del nacimiento y una cierta conciencia y convivencia nacionales); **La isla de Robinson** (1981) de Uslar Pietri (sobre Simón Rodríguez, el maestro del joven Bolívar); **Los conspiradores** (1981) y **Los pasos de López** (1982) del mexicano Jorge Ibarguengoitia (los años de la pre-independencia), **La guerra del fin del mundo** (1981) del peruano Mario Vargas Llosa (la rebelión de Canudos, fines del siglo XIX); **Una sombra donde sueña Camila O'Gorman** (1982) del argentino Enrique

Molina (época de Juan Manuel de Rosas); **La tragedia del generalísimo** (1983) del venezolano Denzil Romero (sobre Francisco de Miranda); **Changó, el gran putas** (1983) del colombiano Manuel Zapata Olivella (la saga de la población africana desde la época de la esclavitud hasta su situación en nuestro siglo); **El arrabal del mundo** (1987) del argentino Pedro Orgambide (primera década del siglo XIX); **Noticias del Imperio** (1987) del mexicano Fernando del Paso (a propósito de Carlota y Maximiliano); **El general en su laberinto** (1989) del colombiano Gabriel García Márquez (el último viaje de Simón Bolívar); **Camisa blanca** (1989) del chileno Guillermo Blanco y **La gesta del marrano** (1992) del argentino Marcos Aguinis (ambas sobre la vida y la muerte de Francisco Maldonado de Silva, condenado y ejecutado por la Inquisición en Lima, en 1639). Sin olvidar, por cierto, que algunos textos, rompiendo las fronteras espaciales, pueden situarse al otro lado del Atlántico. Es lo que sucede con **Temporada de Angeles** (1983) del cubano Lisandro Otero (la Inglaterra de Cromwell) o con **La visita en el tiempo** (1990) de Uslar Pietri (Juan de Austria y el siglo XVI español). A todos los cuales es necesario agregar aquellos textos que específicamente nos hablan del momento del encuentro entre ambos mundos. Son las nuevas crónicas de Indias.

Los nuevos cronistas de Indias

En esta línea temática podrían citarse una docena de novelas, a saber, **Daimón** (1978) y **Los perros del paraíso** (1983) del argentino Benítez Rojo; **Lope de Aguirre, príncipe de la libertad** (1979) del venezolano Miguel Otero Silva; **El arpa y la sombra** (1980) del cubano Alejo Carpentier; **Crónica del descubrimiento** del uruguayo Alejandro Paternain; **La luna de Fausto** (1983) del venezolano Francisco Herrera Luque; **El entenado** (1983) del argentino Juan José Saer; **1492. Vida y tiempos de Juan Cabezón de Castilla** (1985) y **Crónicas de Nuevo Mundo** (1988) del mexicano Homero Aridjis; **Maluco** (1990) del uruguayo Napoleón Baccino Ponce de León; **Esta maldita lujuria** (1991) del argentino Antonio Elio Brailovsky ⁽⁶⁾.

Sin querer integrar todos estos textos en un mismo esquema (es evidente que cada uno de ellos presenta ciertas características singulares) se podría tal vez afirmar que en su mayor parte aparecen vinculados por un constante movimiento de apertura y de repliegue en lo que concierne al mundo representado, los personajes, el tiempo, las perspectivas de la narración.

Así, el centro de estos relatos no se sitúa sólo en el continente recién "descubierto" y en las relaciones entre los españoles y las poblaciones autóctonas, sino también en la España de las tres religiones, de la Inquisición, de Felipe II, de Carlos V (Aridjis, Benítez), así como en la compleja red de relaciones comerciales instauradas entre ambos polos y sus consecuencias en el orden económico (Benítez, Herrera). Cuando no se trata, totalmente a contracorriente, de la travesía del Atlántico por parte de una tribu de aborígenes americanos para ir a descubrir el nuevo viejo mundo con todas sus taras y complejidades (Paternain) ⁽⁷⁾.

En relación con los personajes, los novelistas apelan a figuras claves, emblemáticas, de la Historia: Cristóbal Colón y Lope de Aguirre. Pero se trata de un Colón que se confiesa, que se desvela, que clama la comprensión del lector poniendo en evidencia toda su panoplia

de supercherías y que, además, espera tres siglos más tarde el anuncio de su beatificación (Carpentier); o de un Colón impostor y visionario, soñador, que se desinteresa totalmente por las nuevas tierras, abocado a la organización de un islote paradisiaco, impotente testigo de la llegada de los cuartelazos, de las implacables leyes del mercado, de la United Fruit (Posse). En lo que concierne a Lope de Aguirre, ya no es el traidor, sino el rebelde en cuyos proyectos germinan los posteriores movimientos de emancipación (Otero), o su sombra, que atravesando selvas y ciudades, años y siglos, comparte su suerte con los marginalizados de la Historia (Posse) ⁽⁸⁾. Por otra parte, los personajes de estos textos pueden también ser figuras anónimas, soldados que participaron en los innumerables viajes y expediciones, y que dan cuenta de sus experiencias, intentando analizar el papel que han desempeñado en esa historia, de qué manera han modelado o de qué modo han sido configurados por otras fuerzas, frente a las cuales sólo pueden oponer su propia dignidad. Son personajes que quieren comprender al otro, a los otros y a las civilizaciones de los nuevos territorios (Aridjis, Saer, Baccino, Brailovsky).

Esta rápida síntesis habrá permitido apreciar que el movimiento de apertura implica necesariamente un cierto distanciamiento con respecto al objeto temático y, en consecuencia, en relación con el discurso de la novela histórica tradicional y con el de la Historia. Se trata de un distanciamiento que se manifiesta por medio del humor, de la ironía, de lo grotesco, de la parodia. Burla burlando, el nuevo discurso novelesco resquebraja las verdades, procede a su desmitificación y a su reemplazo, no por otras afirmaciones incuestionables, sino por una serie interminable de preguntas. Para ello resulta casi imprescindible establecer nuevos vínculos de causalidad, la lógica temporal estalla sin pedazos, el anacronismo deviene lógico y necesario ⁽⁹⁾.

Si bien cabe señalar la utilización predominante de un discurso en primera persona, del "yo" que recuerda, que cuenta contándose, destaca aquí la concreción de aquel movimiento de repliegue y apertura en las relaciones del discurso ficticio con la Historia y en las reflexiones sobre el propio trabajo de la escritura y de su recepción. De manera alegórica directa, el texto efectúa una vuelta sobre sí mismo por medio del procedimiento de la intertextualidad o de la especularidad. Así, por ejemplo, la historia de un español hecho prisionero por una tribu de caníbales puede ser leída como una metáfora de la antropofagia y apropiación que implican las actividades de la reescritura, de la escritura y de la lectura (Saer). También, la extensa carta de Juanillo, el bufón de la escuadra de Magallanes, dirigida a Carlos V, se transforma en un alegato a favor del trabajo dirigido tanto al destinatario textual como al lector real, planteando el problema relacionado con el estatuto de la ficción y con las modalidades de su producción (Baccino).

Lógicamente, estos nuevos cronistas de Indias no vacilan en construir y presentar la historicidad de sus discursos narrativos haciendo uso de modalidades históricas tradicionales -Crónicas, cuadernos de bitácora, memorias, diarios-, utilizando con celo o soltura toda una batería de documentos y fuentes referenciales (a veces debidamente consignadas, o sabiamente camufladas o simplemente inventadas) tendientes a proponer una visión alternativa de la Historia con el "poder" de la ficción. Y este vaivén entre dos fuerzas, entre el peso de lo "real" y el impulso hacia lo imaginado, concuerda con el hecho de que la forma adoptada por algunos de estos relatos sea tanto la de la novela picaresca -manifestación

característica de un cierto realismo- como la de la novela de aventuras, lo que permite dar una prioridad constante a lo maravilloso y a lo extraordinario.

Por otro lado, es posible agregar que el revisionismo o la reprobación de la Historia contenido en estos textos parece corresponder a una nueva manifestación de esa incesante búsqueda de identidad que caracteriza nuestra literatura, la que se concretaría aquí mediante un retorno, desde el punto de vista de su inscripción en el mundo occidental, hacia las gentes, hacia los orígenes del continente; hacia aquella época que descubre y cubre América, hacia aquellos escritos que han forjado una imagen de lo que se quería que fuesen aquellos territorios. Pero algunas de estas nuevas Crónicas de Indias van más allá de un embate contra las interpretaciones de la Historia. Al configurarse sobre la base de la parodia, van a funcionar en constante relación con una serie de pre-textos de los que efectúan una transgresión constructiva, operación que implica también problematizar los principios de su propia configuración discursiva.

Estas nuevas novelas históricas o, más bien, historiográficas (en la medida en que a través de la función poética surge la Historia no sólo en tanto interpretación, sino también en cuanto producción), asumen, resitúan, decantan, cantan y cuentan un pasado para mejor cernir y discernir la Historia. Si sobre la Historia, el discurso histórico no ha querido o no ha podido decirlo todo, quizás la historicidad puede ser reequilibrada, reestructurada desde el dominio excéntrico de la literatura, desde el ámbito que se sitúa al margen de los parámetros discursivos de la institucionalidad. Se trata de una escritura literaria que se realiza a partir de lo que ya ha sido escrito y que inscribe en el espacio textual, en la página en blanco del presente, las conjeturas, interrogaciones e incertidumbres sobre el descubrimiento y sobre las condiciones de nuestro propio descubrimiento, que afirma aquella página en blanco como el espacio en el que aflora un nuevo descubrimiento, como el espacio privilegiado para la recuperación, reencuentro, reinención y proyección de las señas de identidad.

Así surgen estos textos que proyectan los vacíos de la Historia, textos que son, a la vez, sus nuevas versiones, sus inversiones, diversiones y subversiones, y a través de los cuales emerge la conciencia de la dificultad de construirse sin la memoria, de que, como dijera Fuentes, no se puede tener presente vivo con un pasado muerto o de que, como afirmaran Valle Inclán y Machado, nada es como es, sino como se recuerda y de que hoy es siempre todavía.

NOTAS

* Estas notas constituyen los apuntes introductorios de un trabajo en preparación sobre las modalidades de la inscripción de la Historia en la narrativa hispanoamericana actual.

(1) Sobre la obra de Augusto Roa Bastos existe un importante conjunto de ensayos críticos. Cfr. la exhaustiva "Bibliografía de y sobre Augusto Roa Bastos" de Milda Rivarola, **Suplementos Anthropos**, n° 25, Barcelona, abril 1991. En relación con el discurso histórico, remito a las agudas observaciones de Nicasio Perera San Martín en "Yo el Supremo y la novela histórica", **Hommage des Hispanistes français à Noel Salomon**, Laia, Barcelona, pág. 667-676.

(2) Cf. las afirmaciones de Carlos Fuentes en sus discurso de recepción del Premio "Rómulo Gallegos" (Ediciones de la Presidencia de la República y del Consejo Nacional de Cultura, Caracas, 1978). También su **Valiente Mundo Nuevo**, Mondadori, Madrid, 1990.

(3) Esta nueva tendencia historicista (en la que también pueden incluirse las llamadas "novelas de la dictadura") ya ha comenzado a preocupar a la crítica especializada. Vid. Roberto González Echevarría (ed.), **Historia y ficción en la narrativa hispanoamericana**, Monte Avila, Caracas, 1984; Daniel Balderston (ed.), **The historical in Latin America: A Symposium**, Ediciones Hispamérica, Gaithersburg, 1988; VV.AA., **La nueva novela histórica hispanoamericana**, **Foro Hispánico**, n° 1, Amsterdam, 1991.

(4) Vid. José Antonio Portuondo, "Literatura y Sociedad" en César Fernández Moreno (coord.), **América Latina en su literatura**, Unesco-Siglo XXI, México, 1972.

(5) Arturo Uslar Pietri, "L'histoire dans le roman", **Cultures**, VII, n° 2, Unesco, París, 1980.

(6) También otros textos contemporáneos contienen situaciones en las que se ponen en evidencia la importancia de los primeros encuentros entre los representantes de ambos mundos. Pueden citarse, entre otros, **Vista del amanecer en trópico** (1974) de Guillermo Cabrera Infante, **El otoño del patriarca** (1975) de Gabriel García Márquez, **Abracadabra** (1979) de Luis Britto García, **Síndrome de naufragios** (1984) de Margo Glantz, **El cazador** (1986) de Raúl Luis, **Crónicas de Medio Mundo** (1984) de Alfredo A. Fernández.

(7) Sobre el libro de Paternain, vid. Nicasio Perera San Martín, "Crónica de un viaje ignoto", **Les Ameriques et l'Europe**, Travaux de l'Université de Toulouse-Le Mirail, serie B, 8, 1985.

(8) Cf. nuestros "Dos novelas sobre Lope de Aguirre" (**Araucaria de Chile**, n° 7, Madrid, 1979) y "Alejo Carpentier. La verídica (y maravillosa) imagen de América Latina" (**Araucaria de Chile** n° 11, Madrid, 1980).

(9) Para un intento de caracterización de la nueva novela hispanoamericana en sus relaciones con la Historia, cf. Fernando Ainsa, "La novela histórica actual" y Claude Fell, "Fiction et histoire dans **Noticias del Imperio** de Fernando del Paso", **Cahiers du CRIAR**, n° 11, Universidad de Rouen, 1991. También el todavía inédito trabajo de Nicasio Perera San Martín, "**Maluco: l'Histoire revisitée**", **Homenaje a Paul Roche**, Universidad de Nantes, 1992.